

LOS LUSIADAS.

CANTO QUINTO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

ARGUMENTO DEL CANTO QUINTO.

Prosigue su narracion Vasco de Gama, y describe al Rey de Melinde su salida de Lisboa: las diversas tierras en que tocaron, y las gentes que vieron hasta el cabo de Buena-Esperanza: caso de Fernan Velloso: fábula del Gigante Adamastor: continuacion del viaje hasta Melinde: concluida la narracion, se establece la paz con el Melindano, y una verdadera amistad entre Gama y este Rey.

LOS LUSIADAS.

CANTO QUINTO.

I.

»Esta sabia doctrina el viejo honrado
Vociferando estaba, cuando abrimos
Las alas al sereno y sosegado
Cielo, y del puerto plácido partimos;
Y, como es en el mar lo acostumbrado,
Las velas al soltar, el viento herimos
Buen viaje, demandando: luego el aire
Dió á los leños su marcha y su donaire.

II.

»En este tiempo el rey de eterna lumbre
Entraba en el Nemeo truculento,
Y el mundo, con creciente pesadumbre,
Iba en su sesta edad, enfermo y lento:
En ella ve, cual tiene por costumbre,
De su curso el catorce veces ciento,
Con más noventa y siete, que corria,
Cuando en el mar la armada se estendia.

III.

»La vista poco á poco se destierra
De aquellos patrios montes que quedaban:
Quedaba el Tajo ameno y la alta sierra
De Cintra, en que los ojos se alargaban:
Tambien quedaban en la amada tierra
Corazones que amores mil llenaban;
Y ya, despues que todo se escondia,
No vimos más, en fin, que el mar y el dia.

IV.

»Así fuimos abriendo aquellos mares,
Que nunca holló generacion pasada,
Las nuevas islas viendo, y los hogares
Que Enriquez descubrió con arte osada,
Los Mauritanos montes y lugares,
Tierra un tiempo de Antéo disfrutada,
Dejamos á la izquierda: al diestro lado,
Si hay otra, de sospecha no ha pasado.

V.

»Por la gran isla fuimos de Madera,
Que del mucho arbolado así se llama,
De las que hemos poblado la primera,
Más sabida por nombre que por fama;
Pues ni por ser del mundo la postrera,
Le dan ventaja las que Vénus ama;
Antes, si suya fuese, en sus placeres
La prefiriera á Páfos, y á Citéres.

VI.

»De Masilia pasé la playa adusta,
Dó su ganado los Zenégiues pastan.
Gente que frescas aguas nunca gusta,
Pues ni las yerbas á sus usos bastan:
Dó la tierra al cultor rechaza injusta:
Dó hay aves que en su vientre el fierro gastan,
Dó se padece, en fin, estrema inópia,
Y Berbería apártase de Etiópia.

VII.

»El límite pasamos á dó llega
El sol que para el Norte el carro guia,
Donde yacen los pueblos á quien niega
El de Climéne la color del dia.
Aquí gentes estrañas lava y riega
Del negro Senegal el agua fria,
Donde el Cabo Arsinario el nombre pierde,
Poniéndole nosotros *Cabo Verde*.

VIII.

»Pasamos las Canarias, islas fijas
Que tuvieron por nombre *Afortunadas*;
Entramos navegando por las hijas
Del viejo Hesperio, Hespérides llamadas:
Tierras por dó sorpresas mil prolijas
Fueron hallando ya nuestras armadas:
Allí tomamos puerto con buen viento,
Para tomar despues mantenimiento.

IX.

»La que mejor al caso pareciónos,
Es la que el nombre toma de Santiago,
El que tanto á españoles ayudónos
A hacer entre los moros grande estrago.
De aquí, mientras que Bóreas aventónos,
Tornamos á cortar el vasto lago
Del salado Océano: así salimos
De la tierra en que el dulce pasto hubimos.

X.

»Por aquí rodeamos larga parte
De Africa, que dejábamos á Oriente:
De Jalof la provincia, que reparte
A una y otra nacion la negra gente:
La muy grande Mandinga (por cuyo arte
Logramos el metal rico y luciente),
Que del corbo Gambéa el agua admite,
Que entra luego en la concha de Anfitrite.

XI.

»Y pasamos las Dórcadas, guardadas
Por hermanas que un tiempo allí vivian,
Que del ver natural siendo privadas,
Todas tres de un solo ojo se servian;
Si tú sola, con trenzas enrespadas,
Que hasta el seno á Neptuno descendian,
De las tres la más fea te volviste,
Y la arena de vívoras henchiste.

XII.

»Siemprehácia el Austro, en fin, la prora aguda,
En el inmenso golfo nos metimos,
Dejando la Leona sierra cruda,
Y el cabo al que de Palmas nombre dimos;
Y el grande rio, en que batiente suda
El mar en playas ciento que allí vimos,
Quedó, con la isla insigne que ha tomado
El nombre del que á Dios tocó el costado.

XIII.

»Allí el muy vasto reino está del Congo,
Que convertimos á la fe de Cristo,
Por donde el Záine pasa claro y longo,
Rio de los antiguos nunca visto.
Por este mar á navegar me pongo
Largo al sabido polo de Calisto,
Habiendo el punto ardiente ya pasado,
Dó la mitad del mundo se ha contado.

XIV.

»Ya descubierta habíamos al frente,
En el nuevo hemisferio, nueva estrella
No vista de otros; que la ignara gente,
Incierta largo tiempo estuvo de ella;
Vimos la parte allí menos luciente,
Y por la falta de astros menos bella,
Del polo fijo, donde aun no se sabe
Si empiece tierra, ó si la mar no acabe.

XV.

»Así pasando los marinos llanos,
 Por los cuales dos veces pasa Apolo,
 Dos inviernos haciendo y dos veranos,
 En cuanto va del uno al otro polo:
 Entre las calmas ó ímpetus insanos
 Con que siempre la mar agita Eolo,
 Las Osas vimos, con dolor de Juno,
 En las aguas bañarse de Neptuno.

XVI.

»Propiamente contar las duras cosas
 De la mar que los hombres poco entienden,
 Las súbitas borrascas temerosas,
 Relámpagos que el agua en fuego encienden,
 Negras lloviznas, noches tenebrosas,
 Los silbos de Aquilon que el aire hienden
 No menos fuera error, que grave apuro,
 Aunque fuese mi voz de bronce duro.

XVII.

»Los casos ví que rudos marineros,
 De quien maestro fue larga experiencia,
 Cuentan por ciertos siempre y verdaderos,
 Las cosas al juzgar por su apariencia:
 Casos que, los de juicios más enteros,
 Que solo ven por puro ingenio y ciencia
 Del mundo los secretos portentosos,
 Los dan por mal sabidos y engañosos.

XVIII.

»Ví, visto claramente, el fuego vivo
 Que la gente de mar tiene por santo
 En tiempo de tormenta ó viento esquivo,
 De tempestad horrible y triste llanto.
 Y no menos fue á todos escesivo
 Milagro y cosa cierta, y de alto espanto,
 Ver las nubes sorber por caño estenso,
 Y las aguas subir del plano inmenso.

XIX.

»Yo ví con claridad (y no presumo
 Que me engañó la vista) levantarse
 Un cierto vaporcillo y sutil humo,
 Que, agitado del viento, fue á enroscarse,
 Y elevado en columna; al polo sumo
 Subió tan tenue y fino, que notarse
 De ojo no muy esperto mal podría,
 Pues materia de nube parecia.

XX.

»Ibase poco á poco acrecentando
 Y más que un ancho mástil se engruesaba,
 Aquí haciéndose estrecho, allí ensanchando,
 Segun los golpes de agua que chupaba:
 Con las nubes mecíase ondulando,
 Y por cima un nublado se espesaba,
 Mostrándose más lleno y más crecido,
 Con la gran copia de aguas que ha bebido.

XXI.

»Cual tenaz sánguiguela que porfía
 En los belfos de bestia (que imprudente
 Bebiendo la cogió de fuente fria),
 En sangre ajena hartar su sed ardiente:
 Que chupa más y más, y engruesa y cria,
 Llenándose y creciendo largamente:
 Tal la grande columna hinchendo aumenta
 Su fusta y la alta nube que sustenta.

XXII.

»Mas despues que del todo se ve harta,
 El pie que toca al golfo es bien recoja,
 Y que lloviendo por los aires parta:
 Ya el agua de la mar con aguas moja,
 Y vuelve al mar el robo que la infarta:
 Mas si salado fue, dulce le arroja.
 ¡Vean ora los sabios de este mundo
 Qué arcano aquí se encierra tan profundo!

XXIII.

»Si los viejos filósofos, que hollaran
 Tantas tierras, por ver secretos de ellas,
 Por tanto riesgo cual pasé, pasaran,
 Maravillas topando y cosas bellas:
 ¡Qué escritos tan magníficos dejaran!
 ¡Qué influencias de signos y de estrellas!
 ¡Qué estrañezas! ¡qué insignes cualidades!
 Y todo, sin mentir, puras verdades.

XXIV.

»Pero ya cinco veces, bien ligero,
 El planeta, que el primo cielo habita,
 Ora el su medio rostro, ora el entero,
 Mostró, mientras el mar la escuadra agita,
 Cuando de la alta gavia un marinero
 De pronta vista ¡tierra, tierra! grita;
 Y á la cubierta la gaudiosa gente
 Salta, y ve el horizonte del Oriente.

XXV.

»A manera de nubes ya se aclaran
 Poco á poco los montes que antes vimos:
 Las áncoras pesadas se preparan,
 Y en llegando, las velas recogimos;
 Para que así más ciertas se mostraran
 Las partes que tan lejos descubrimos,
 Por el nuevo instrumento de Astrolabio,
 Invencion de sutil ingenio y sabio:

XXVI.

»Desembarcamos luego en la espaciosa
 Arena dó la gente se lanzaba
 De ver las cosas raras codiciosa
 De tierra que otro pueblo no soñaba:
 Mas yo, con los pilotós, en la hermosa
 Playa (por ver la parte en que me hallaba)
 Me detengo á tomar del sol la altura,
 Y á acompasar del mundo la figura.

XXVII.

»Y vi que habia ya más que pasado
Del semícapro pez la grande meta,
Estando entre ella y el circuito helado
Austral, parte del mundo más secreta.
Aquí, de mis compañeros rodeado,
Un hombre extraño ví, de cútis prieta,
Que la gente prendió, mientras apaña
Dulces panes de miel en la montaña.

XXVIII.

»Él parece cual hombre sorprendido
Que no se ha visto nunca en tal extremo:
Ni entiende, ni de nos es entendido,
Salvaje más que el rudo Polifemo:
Le enseñó muestras del vellon pulido
Dó el de Cólcos halló metal supremo,
Y plata fina, y rica especería;
Y á nada de esto el bruto se movía.

XXIX.

»Mándo mostrarle luego con empeño,
Ya cuentas varias de cristal luciente,
Ya algun sonante cascabel pequeño,
Ya un gorro del color de grana ardiente;
Y conocí, por su cambiar de ceño,
Que con esto se alegra largamente:
Le hago soltar, con todo, y así fuimos
Para el pueblo que ya muy cerca vimos.

XXX.

»Mas luego al otro dia sus parceros,
Desnudos, negros como tinta nueva,
Vienen bajando á nos por los oteros,
Las piezas á buscar que el otro lleva;
Y domésticos tanto y compañeros
Se nos muestran, que logran que se atreva
A ir Fernan Velloso á ver sus modos;
Y al monte y poblacion sube con todos.

XXXI.

»Es Velloso en sus fuerzas muy confiado,
Y de arrogante cré que va seguro:
Mas un espacio grande ya ha pasado
En que un buen signo descubrir procuro
Del explorante audaz con el cuidado,
Cuando vé aquí que por el monte oscuro
Aparece, y segun del trote infiero,
Muy más de lo que fue, vuelve ligero.

XXXII.

»A recogerle el bote se aproxima
De Coello, mas antes que llegase,
Un Etíope audaz se le echa encima,
Porque no el Portugués se le escapase;
Y otro, y otro despues; y él ya se estima
Perdido, sin que nadie le ayudase:
Mas yo áculo; y ya llevo á remo abierto,
Cuando un negro tropel es descubierta.

XXXIII.

»Nube espesa de flechas y pedradas
 Llueve sobre nosotros sin medida;
 Y no fueron al aire en vano echadas,
 Que esta pierna de allí saqué yo herida:
 Mas nosotros, cual gentes traicionadas,
 La respuesta les dimos tan cumplida,
 Que, más que en los birretes, se sospecha
 Que llevan color rojo de esta hecha.

XXXIV.

»Y así que puesto en salvo fue Velloso,
 Luego nos recogimos á la armada;
 Y viendo ya el designio codicioso
 De la gente bestial, bruta y malvada,
 De quien ningun aviso provechoso
 Pudiéramos tener de la India ansiada,
 Sino el estar aún de ella muy distante,
 Pronto la quilla al mar lancé cortante.

XXXV.

»Dijo entonces á Velloso un compañero
 (Y en todos causó risa la salida):
 —«¡Hola! amigo Velloso, aquel otero
 Es de mejor bajada que subida.»
 —«Sí (responde el osado aventurero):
 Mas cuando tantos perros de embestida
 Bajaron, venir quise donde estábais,
 Recordando que acá sin mí quedábais.»

XXXVI.

»Y nos contó que al punto que pasaron
 El monte, no quisieron ya dejarle
 Los perros de quien hablo: mas trataron,
 Si allí no se paraba, de matarle.
 Luego, retrocediendo, se emboscaron,
 Porque saliendo nos para tomarle,
 Nos pudieran mandar al reino oscuro,
 Y robarnos así más de seguro.

XXXVII.

»Cinco soles en tanto eran cumplidos,
 Desde de allí partimos, cortando
 Los mares hasta allí jamás corridos,
 Siempre los vientos prósperos soplando;
 Cuando, estando una noche entretenidos
 En la cortante prora, vigilando,
 Una nube que el ámbito oscurece,
 Sobre nuestras cabezas aparece.

XXVIII.

»Tan cargada venia, y tan malina,
 Que miedo grande en nuestras almas puso;
 Pues cual si diese en vago en roca alpina,
 Bramaba negra el agua en son confuso.
 ¡Oh tempestad (esclamé yo) divina!
 ¡Qué amenaza celeste, qué desuso
 De este mar y este clima se presenta
 Que aparece aun más cosa que tormenta?

XXXIX.

»Y no acababa yo, cuando figura
En el aire se vió robusta y válida,
De deforme y grandísima estatura,
De rostro pavoroso y barba escuálida,
De ojos, que en cueva están, y de apostura
Espantable y de piel cetrina y pálida;
Algas lleva del pelo en los anillos,
Y en negra boca, dientes amarillos.

XL.

»Tan grande era de miembros, que bien oso
Certificarte que este era el segundo
De Rodas estrañísimo Coloso,
Que uno de los milagros fue del mundo:
Nos habla en son de voz tan espantoso,
Que parece salir del mar profundo;
Y á todos, al oírle solo y vello,
Se nos rigen las carnes y el cabello.

XLI.

»Y—«¡oh gente (dice) osada más que cuantas
Hicieran en el mundo horrendas cosas!
Tú, que por guerras vas tales y tantas,
Y por pena y trabajos no reposas;
Pues los vedados términos quebrantas,
Y navegar los anchos mares osas
Que há tanto tiempo guardan mis cuidados,
Nunca de estraño ó propio leño arados:

XLII.

»Pues rompes los secretos escondidos
De natura y del húmido elemento,
A ningún grande humano concedidos,
De noble ó de inmortal merecimiento;
Los daños oye aquí que apercibidos
Están á tu soberbio atrevimiento,
Por todo el vasto mar y por la tierra
Que aun has de sojuzgar con dura guerra.

XLIII.

»Sabe que cuantas náos este viaje
Que tú logras hicieren atrevidas,
Hallarán enemigo este paraje,
Con vientos y tormentas desmedidas:
Y en la primera armada, que pasaje
Haga por estas ondas mal sufridas,
Causaré tal estrago de improviso,
Que aun será más el daño que el aviso.

XLIV.

»Aquí espero tomar, si no me engaño,
De quien me descubrió fiera venganza;
Ni en esto ha de parar tan solo el daño
De vuestra osada y pertinaz confianza:
Mas vuestras naves sufrirán cada año
(Si verdad es lo que mi juicio alcanza)
Naufragios y desdichas de tal suerte,
Que de ellas la menor será la muerte.